

XXIII

SEÑOR GOBERNADOR :

SEÑORES :

A la honrosa distincion con que se ha dignado favorecerme el gobierno del Estado de Puebla, confiándome la direccion de este plantel de enseñanza superior y profesional, distincion á la que procuraré corresponder con afan solícito en la humilde esfera de mi capacidad, va á unirse desde hoy en mi existencia,

Pronunciado, como Presidente del Colegio del Estado de Puebla en la solemne distribucion de premios á los alumnos del expresado colegio y de las Escuelas de Medicina y Normal de Profesores, la noche del 19 de Enero de 1881.

el recuerdo gratísimo de esta fiesta de la ciencia y de la instrucción popular.

He dicho hace pocos días en una tribuna levantada en medio de los niños huérfanos de la Escuela Industrial de México, que las solemnidades de esta clase suscitaban en mi corazón sentimientos retrospectivos, en que los amargos dejes de la ignorancia y del infortunio estaban compensados con las dulzuras de la esperanza y con las satisfacciones de la ciencia.

Y hoy añado, que el honor de verme, sin haberlo presumido, á la cabeza de uno de los primeros institutos de la República, habiendo prestado mi protesta en medio de esta solemnidad, le da á mis ojos una significación especial, toda de empeñosas obligaciones para mí.

En la agitada carrera de mi vida, yo he hecho seguir á mi espíritu alternativamente unas veces, y paralelamente otras, los caminos escabrosos del patriotismo y de la política, y los caminos suaves y dulces de la Ciencia y de las Bellas Letras, todos dirigiéndose á un mismo fin; ¡la gloria!

Pero no la gloria ostentosa que el orgullo

humano persigue como único objeto de su ambición; no la deidad falaz y deslumbradora envuelta casi siempre en vapores de sangre y cuyos piés helados riega el llanto de las víctimas, sino la gloria modesta y santa que semejante á una estrella polar alumbra con luz blanda y tranquila el espacio de la conciencia honrada; el númen íntimo, el ángel compañero de la vida, que consuela en las horas amargas, que sonríe en las horas de triunfo, que hace brotar flores en las espinas del deber, y surgir una luz de aurora en los limbos del sepulcro.

Esa es la gloria que yo he seguido, esa es la gloria digna de los ciudadanos y de los estudiosos; esa es la gloria en pos de la cual debéis correr, ¡oh alumnos del Instituto y de la Escuela Normal! vosotros á quienes esa maga que se llama la juventud, muestra con sus dedos luminosos los cien senderos del mundo, y los bellos mirajes que se ostentan provocativos en el horizonte del porvenir.

Amar á la Patria y consagrarse á la Ciencia; hé ahí los dos deberes que hoy enlazan, que enlazarán siempre en vuestro corazón el Estado con sus recompensas, vuestros conciudadanos

con su confianza, y las hermosas con sus miradas de ángel.

Amar á la Patria; ese debe ser el pedestal de bronce de todo altar que levante el trabajo; esa debe ser la tierra en que se plante todo árbol que pueda fructificar para que sea fecundo. Sin el amor de la Patria, la ciencia es estéril, la riqueza inútil, el genio mismo, como el Satan de la Biblia, se concentra en el mal y no produce sino frutos que ocultan el veneno y la muerte bajo las formas engañosas del vigor, de la opulencia y del colorido.

La Patria estimula con la idea del honor las esperanzas del trabajo, infunde aliento en el pobre, anima al ignorante, ennoblece la fortuna del rico, y enciende su antorcha sagrada sobre la tumba del sabio. Las mezquinas aspiraciones del egoísmo, por sí solas no compensan los goces de esa armonía social que se llama el patriotismo.

Pero..... sería por demas detenerme en hablaros de este principio que forma el primer precepto de vuestro credo moral. Teneis razon: ¿cómo no amar á la Patria cuando habeis nacido en un Estado que presenta por donde quiera monumentos de su fe patriótica,

y en cuya historia se registran páginas de sublime ejemplo? ¿Cómo no amar á la Patria cuando teneis al frente de vuestro pueblo á hombres que han tremolado en sus manos siempre invicto el estandarte de la Independencia y de las libertades públicas? ¿Cómo no amar á la Patria, cuando alentais en esta ciudad encantadora que no sólo embellecen su limpio cielo de turquesa, su atmósfera trasparente y dulce, la galanura de su rico valle, la suntuosidad de sus palacios, el atractivo indefinible de sus hijas más hermosas que aquellos ángeles que el humilde misionero del siglo XVI contemplara en su legendaria vision, sino las nobilísimas cicatrices que muestra todavía y que enseñan elocuentes al viajero toda la historia de nuestras luchas heróicas por la Patria y por la Libertad.

¡Oh! cualquiera que se precie de ser buen mexicano y que contemple el bello seno de Puebla desgarrado por las heridas de la guerra, como el seno de una matrona antigua, no podrá ménos que exclamar: Aquí descansa altiva una amazona de la República; en este corazon se encierran las tradiciones de la lucha; aquí se agita poderoso como en el

cerebro de una pitonisa, el espíritu de la Patria.

Y vosotros aprendeis en los brazos de esta matrona las lecciones del patriotismo. ¡Sus cicatrices son para vosotros, el alfabeto del heroísmo y de la gloria!

Pero consagrarse al trabajo es vuestro segundo deber aquí. Al trabajo para obtener la instrucción, ¿qué mejor manera de honrar á la Patria y de abriros paso al porvenir social?

El trabajo en las teorías infantiles del mundo antiguo era una pena. Bacon, el gran filósofo inglés, dice: que la generación moderna es la primogénita de la humanidad, y en el concepto de esta generación moderna, el trabajo no es una pena sino un derecho, porque es una condición de vida. Todo trabaja en el Universo: ¡ay de los pueblos y de los hombres que no trabajan!

Ahora bien; á medida que este trabajo es más inteligente, es más fecundo; el obrero que se consagra á las artes mecánicas, el labrador que arranca á la tierra sus frutos, el sabio que dirige á las sociedades, todas son fuerzas vivas que ponen en movimiento ese

inmenso taller que da vida á un pueblo y que constituye su riqueza.

Pero la cooperación de estas fuerzas vivas como factores de progreso y de bienestar es más ó menos productiva, según el grado de instrucción que las impulsa y dirige. Aquel pueblo en que el trabajador físico obedece sólo al instinto automático de la necesidad, y en que el trabajador intelectual se encierra en el círculo estrecho de las preocupaciones y de la rutina, no puede salvar los límites del estancamiento social, y en el siglo XIX, siglo de movimiento vertiginoso, un pueblo así, retrograda y muere porque se disloca y se aísla.

Sólo los pueblos en que los trabajadores físicos son alfabéticos y en que los pensadores y los sabios están á la altura de su tiempo, marchan y prosperan.

Por eso las magníficas palabras del gobernador de este Estado dirigidas á la Legislatura respecto de instrucción primaria, han sido profundamente apreciadas como un programa de adelanto ineludible. Difundir la instrucción popular y elemental es multiplicar la fuerza por la inteligencia, como quien dice, multiplicar el peso por la velocidad.

Y por eso, como natural consecuencia de ese programa democrático y progresista, es preciso añadir: la ciencia, que es el coronamiento de la instrucción pública, debe estar también en razón directa de la instrucción primaria. Las ciencias profesionales, las ciencias de aplicación deben dar un paso más, so pena de no poder ser directoras mañana del movimiento social en Puebla. Porque este movimiento, dadas las bases de la instrucción generalizada, va á venir, y lo impulsarán infaliblemente los intereses materiales agitados ya por el progreso creciente de la República que invade las comarcas más apartadas del país, y con más razón los Estados centrales y ricos como Puebla; las exigencias de los Estados vecinos cuyas arterias vitales están unidas al través de los límites políticos, por la naturaleza, con las arterias de este Estado; y sobre todo lo impulsará esta voz de adelanto irresistible, esta voz maravillosa que dirige nuestra época y que realizando en otra esfera los prodigios de la fe, grita con acento imperioso á todos los pueblos paráliticos allá en las ruinas del Asia Menor, en las mesetas de la alta Asia, en los desiertos afri-

canos, á orillas del Danubio, en las fronteras de Tartaria, en las colonias de Australia, en las comarcas de la Indo-China, en las riberas del Indus, en las antiguas colonias de Sud-América, y en nuestros silenciosos valles de México, como Cristo al enfermo del Evangelio: « *Levántate y anda.* »

Y andarán: los resortes de la vida moderna no son ya los resortes de la vida antigua. Hay algo de eléctrico en el propulsor; diríase que agitan hoy las entrañas del mundo, corrientes misteriosas, semejantes á aquellas que apenas entrevió azorado en un tímpano de ámbar el viejo filósofo de Jonia.

No entramos en el mundo de los sueños. La realidad es la que nos sorprende dormidos con su impaciencia invasora y con su múltiple exigencia.

Puebla la ha incitado ya con sus ricos elementos. El Estado de Puebla ha sido regiamente dotado por la Naturaleza. Sus cordilleras de la zona fría están coronadas de oscuras selvas en que las maderas de construcción no aguardan más que la mano del hombre para pagarle el diezmo de su riqueza. En los valles, amenos y hermosos, ondulan el trigo con sus

tirsos de oro, el lino y los agaves de argentada fibra. En sus distritos de la tierra caliente, el tibio aliento del trópico alimenta la caña de azúcar, el café, el algodón. Y el naranjo, el limonero, las anonáceas invitan al exportador y al químico á convertir en oro el acibar y el néctar de sus fecundas pomas.

El Atoyac que nace besando los muros de esta ciudad y que serpentea dirigiéndose al mar Pacífico, entre pueblos agricultores é industriales, ofrece sus aguas para mover la maquinaria agrícola y la maquinaria industrial y para ayudar á la via férrea al transporte rápido de los productos del suelo..... y muchos rios inferiores y caminos de hierro vecinales completarán la red de comunicacion con los demas Estados, con el Golfo de México, con el Océano Pacífico y con el corazon de la República. ¡Y esto con un pueblo alfabético, activo y vigorizado por instituciones libres!

¡Qué porvenir, y qué próximo porvenir bajo el imperio de la paz!

Impulsar este movimiento, ayudarlo, dirigirlo, hé ahí vuestra mision, oh jóvenes alumnos. Vosotros seréis mañana, como legisladores, como ingenieros, como escritores, como

simples ciudadanos directores de la opinion, los propagandistas de ese movimiento, los auxiliares en esa obra de los gobernantes de Puebla.

¡Felices ellos y vosotros porque vuestra recompensa no será una vana satisfaccion, sino la gloria de haber hecho á vuestro pueblo próspero y feliz, será el orgullo de la Historia, será, por último, la aprobacion íntima de la conciencia, precursora de las bendiciones de la posteridad!